1

EFLUVIOS AM(

233702



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233702

47/1505191

Efluvios amorosos

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¿Los has visto bien, Turita? Eran las carnes de ella?

—Sus mismicos lunares: sus carnes propitas y mismitas.

—Y el le ha endiñado candela bajo la parra?

—Natural: no se la iba a llevar a la charca de las ranas.

—¿Ves? Ellos lo entienden... Y nosotros cuando...

Hola!.. No me achuches ¡que no soy de esas yo.

—¿De cuales? ¡contra!

—De esas que se lo dejan hacer tóo...

—Yá! Serás tu de las otras ¿no, Turita?

—De esas que les gusta que se lo den tóo hecho... hasta eso.

—¡Eso! ¿qué es eso? Anda, otra vez achucha!

—Si, si... Hazte la remolona... Porque

R. 322414

tú no harías lo que ellos... Ese señoritinga de la ciudá y esa gorrina.

—Gorrina, no; enamoriscada... No me des mas en las mollas, que eso no me lo encuentras tu... Rabia y patea...

Comenzó una persecución en regla...

Ella, Venturita, por apócope, Turita, en el pueblo de Chumberal del Cerro, corría hacía la paja de maiz de la era del tio Cacharro, no por huir (que era demasiado zorrona para ello) si no para ponerle al galanteador suyo pretextos, acicate, con la falsa huida de entre sus garras.

—Y es que ese us ha avispao, ese señoritillo de la capital.

—Avispao, avispao... No sé si sabes que a la hermanilla de ella le llaman la «avispa»

—Ya me lo se, vaya! Pues bien que estuvo en cinta la Avispa y bien que echó al mundo un ternerillo guapote y majo.

—Velay! Por su ten con ten! ¿Ahora me buscas entre las ligas? Serás Pe... pe...

—Yo Pepe?.. Cuidao que tiés unos muslazos... que parecen troncos de encina...

—Si... no me... me...

—¡Remoquete... Ahora asi me... ¡Por poco, «memo», ¿Qué te da, chicuela?

—Me dá... algo aquí... Dame los dedos.

—¿No te basta con la paja del maíz?

—Es muy blanda... ¡ay! ¡aaay! Que contentita estoy anda, Nelón... otra paja... Que esta mia, como es de mi propia era, no me sienta bien.

—Separa los brazos... Que te voy a dar con otra mejor... Mejor que la paja de maíz.

—Por mis pechos ya corren los granitos... Ya te veo venir ¡una mazorca ¿no?.. ¡Je, je, je, je!

—Ríe, ríe... que eso es lo positivo...

—Conde...nao!.. que me cosquilleas y voy a correr... sin remedio...

—¡Córrete!.. Córrete!.. que así, nos vamos a caer al barranquillo, porque estamos en el bordillo de la era ¡burra!

—Mejor!.. Quisiera ca... ca... ¡ay!

—¿Qué dices, brutaza?

—Caerme contigo... ¡Qué es eso!.. la panoja o un dedo tuyo?.. Nelón!.. Anda, dame el dedo!.. Dámelo!..

Aquellas formas tan avanzadas de líneas como llenas, pletóricas de savia campesina... aquellos muslos, casi libres de faldellines y enojosos estorbos tan pronto apartándose como juntándose entre sí, como si dos tuvieran un diálogo erotiquísimo y un muslo echara encara al compañero la falta de que entre ambos no es-

trecharan con furor algo... Su diálogo no podia ser mas intuitivo y enternecedor...

Veamos si podemos traspasar aqui algo de eso.

—Muslo 1.°—Eres un ansioso!

—Muslo 2.°—Y por qué? ¿porqué siempre me pellizca a mi la mano de ese estafermo?.. Suerte que tie uno!

—Muslo 1.°—Es que ya estoy harto de pajas de esas de maiz, yo!

—Muslo 2.°—Yo tampoco prefiero las pajas... porque ¿a donde se va con esto?

—Muslo 2.°—¿Donde? ¡Bah!.. Total a ninguna parte... Sudores, temblores y...

—Muslo 1.°—Temblores y sudores y no amagues tú ¡mal muslo!.. que... ¡ay!.. ¡como aprietas!

—Muslo 2.°—Aprieta tú, zopenco! ¿No ves que están ellos en faena y ay que ayudar?.. ¡Aop! ¡aoooop! Ya falta poco...

Interviene el ama de ambos que está siempre entre ellos a fin de dirimir cuestiones y es doña Tripita.

—Tripita-¡Callarsus! y dejad paso ahora...

Muslo 1.°—¡Ah! ¿La joroban a usted ama? Pues aguantarse... Y si no porqué chilla a lo mejor y cuando estábamos tan enfrascados en nuestras cosas... ¡Aprieta, aprieta compañero... ¡Oh!

—Muslo 2.°.—¡Repanoja!.. Parece que llega un huesped... Echate a un lado, hermano!..

—Muslo 1.°—Eso observo... Va haber mucha jarana!..

La Sra. Tripita (aparte)—¡Aaay!.. si! que sí.

Esto mismo opinaba la repolluda, la respingada de la Venturita, dueña de los tres dialogadores...

Al fin ella y Nelón acabaron por sentirse en el quinto cielo, despues de haber aplastado casi toda la carretada de maíz que había en la era, con tantas idas y venidas...

II

A todo esto, Nestor Gollete, llegando a Chumberal del Cerro con el exclusivo objeto de veranear en un sitio económico, dados sus escasos medios metálicos, los que hallándose en enorme desproporción con la robustez de sus pulmones y de sus biceps, que eran de primera fuerza para agarrarse a un cuerpo femenil, siempre que la ocasión se lo deparaba. ¡Menudas juergas las suyas entre el ramo inodisteril!... ¡Cuántos lanzamientos de mocitas

ternes y avispadas hacia hacia el campo de de la coquetería andante con sólo el poderío de sus biceps y de su caída de ojos, mortal de necesidad!...

Aquel día iba el estudiante siguiendo el camino de la fuentecilla de *los Cardos*, llamada así por abundar allí esa agradable gramínea silvestre.

La de marras, palomita sin hiel... pero palomita silvestre también, como los cardos de la fuentecilla, atendía por Ester— una morenucha desarrollada de formas, alta de pechos y de nalgatorio; rollizota de muslos y demás partes alicuotas de su linda academia carnosa.

Nestor Gollete... dispuesto a darla golletazo; y para ello habíase provisto de un regular frasco de un *Pippermint* especial fabricado por una tía carnal suya, que, según ella, las volvía locas sólo con aplicarlas unas gotas en los labios.

El calor era sofocante; la fuentecilla sonante y cantante.

«agua que no has de heber,
déjala correr, ¡déjala! ¡déjala! etc.»

Uno al lado del otro, o, mejor, ella encima de él, sentada en sus rodillas, en despiporrante contacto el *macizo* de ella, redondeado y ágil, con los húmeros del estudiante,

—¿A qué has venido, reina, a por agua?

—No, si no a por Gollote—decía ella, mimosa, dejando la acariciara él los turbadores y turgentes lomos.

—¡Ah! ¡Ya... bien! Toma...

—¡Cómo!... Un frasco.

—Un frasco de *pipermiente*(así le llama mi tía al licor).

—¡Oh, pero ¡qué verde!...

—¿Y el gollete?

—¡Ese eres tú!

—¡Ah! Sí... Yo... pero el frasco también tiene gollete...

—¿No está embrujado ese pipermiente?

—Tú lo verás... Yo pruebo primero... Antes te osculo en ese cuello de hada, Ester... Ester...

—Ester... rible este besuqueo tuyo en mi cuello... Es donde no puedo, no puedo resistir sin que se me abran las...

—¡Qué, negrucha!...

—Las potencias. ¡Mira éste!

—Ya lo voy notando... ¡Y vaya unas potencias super! Propiamente esculturales.

—¡Gollete!...

—¡Ahora el licor, mi alma... Deglute y saciáte, pues!

—¡Oh!... Sí, sí... ¡Verde! ¡Verde, pero

rico! Y fuertecillo. ¡Glú, glú!

—Colócate mejor; así... De lado, fuera esta faldamenta ridícula.

—No me atrevo—dice ella, con un rubor natural y verídico.

—¿Ahora ridícula? Anda, tonta. ¿No te gusta mi bebida?

—¡Oh! ¡Golletel... (Ella revuèlvese encima del banco rústico).

—¡Y dale!... Deja que mi mano acompañe... ¡Sorbe ahora!

¡Si no le has probado aún!

—Porque está tapado el frasco, ¡toma!

La chica quería y no quería; ansiaba y lamentaba aquella hora. De pronto, apartó veloz, la mano del estudiante que le había sofaldado en debida forma y ya se hallaba en *plena cátedra*... esto es, en *camino*.

—¡Ea! ¡No, no! No quiero...

—¿Por qué razón, tontina? ¡Si es una cosa deliciosa, casi cerúlea!

—Es que me da miedo, Gollete.

—¿Te da miedo el gollete?... ¡Cuerno! Pero si es que no le hemos destapado aún. Vamos, venga la manita... ¡Verás!

Ella le cedió tres dedos de su diestra, nada más. Creyó bastaba para quitar el tapón .. que no era tal, sino un gollete precioso niquelado...

—¡Si es que no se quita, nenilla! ¡Me lo



vas a echar a perder!...

Nuestros tórtolos no habian notado que dos pares de ojos muy abiertos, echaban efluvios sicalípticos, hacia el banco de la fuentecilla, investigaban toda aquella maniobra, tras espesos ramajes de avellanos.

Los ojos de ella—Venturita—señalando a los ojos de su Nelón, que eran los otros ojos, demostraban pasmo, admiración.

—¡Cállate! que se mueven y cambian de posturita!

—¡Alza! A largarnos de aquí, que ese estudiante se la va a cargar...

—Toma! Para eso han venio...

—Que se va a cargar la gran panadera, si se entera la madre, que como sabes tiene tohona.

—Asi, si,.. se va a cargar la panadera!.. Mira tu, después de la hija la madre! Qué suerte!

—Y tu que gorrina, Venturita!

—Hola!.. ¡Qué redemonios!.. Si se han quedado dormidos uno encima de la otra..

—Si, si, dormidos... Bien que ella no le ha soltado entodavía el frasco.

—Y tanto!... Vaya una sinvergonzona!..

—Ves, nena?.. Ya está!..

—Pero qué rico es ese pícaro licorillo, Gollete!..

—Nadie mas que tú lo probará...

—Me lo juras... Anda, otro sorbico!..

—Tú lo quieres? Bien...

—Anda, Gollete!..

—Ester... Ester...ca la chica! Terca y cachonda a no poder mas.

—Mejor... ¿Te casarás conmigo?

—¿Puedes dudarlo? Tendremos el pan asegurado.

—Claro!.. Como mi madre tiene tahona...

—Dile que yo ya he cocido mi pan en tu horno, pequeña!..

—No vas mal, Gollete... ¡Uy, que estudiante!...

Este diálogo, en la tahona y en tanto la tia Rosca, la madre de Ester hallábase lavando en el rio.

El nuevo traguito tuvo lugar metidos en harina... Las carnes de placer, rezumaban de puros efluvios amorosos.

El estudiante que adoraba el modernismo quiso que se echaran encima la pila de los sacos de la harina .. Habia allí un costal vacío, mayor que los otros, por si acaso llegaba la ocasión de ocultarse.

Regoderaronse, menearonse, hicieron de la torta un pan, el pan de los más refinados placeres.

—Que blandita está la harina de los

costales, rica...

—Si la blanda es mi musculatnra... rico...

—Va a semejar eso que estamos pastando la masa.

—Oh! que masa tan carnosa la tuya Ester!..

—Muelo bien el trigo?

—Muele! Muele... Eres propiamente una muela...

—No; la muela tú, yo el trigo.

—Eso!.. Aprietame con los brazos y con todo lo que puedas que la molienda... ¡Ah! Ah! no para!.. Y el molino se cansa!..

En esto llegaba sin haber anunciado, la tahonera: mujerona ajamonada nada despreciable...

El estudiante que sintió abrirse la puerta, no obstante, dejó quieta la molienda y metióse dentro del costal de la harina, vacío. A gatas con pies y manos arrastrándose, el belloquerín de Gollete pudo colocarse (aunque algo incómodo por la postura) encima de un par dé sacos, casi a flor del enladrillado de la cocina. Ester, asustada compuso el desorden de sus ropas.

La madre—algo miope de natura—acercóse sin desconfianza hacia el paraje ocupado por los tres sacos.

III

—Me gustas mucho como yerno, pero no me sobes mas.

—Pero si Esterita...

—Esterita no se casa...

—Es que se lo he prometido; Ya ves: después de lo que hemos hecho contigo.

—Es mi hijita y como las dos hemos bebido del mismo gollete ¡vamos, que no estoy para tonterías!...

—El estudiante no deseaba otra cosa ¿a el casorios? ¡piscis!

En esto llegaron a mercar pan Venturita y Nelón de bracero, muy anchos y de veintiun alfileres.

—¡Venimos a por las tortas de la boda!

—¡Como! ¿Casados hoy?—apuntó Gollete a quien lo mismo le importaba aquello que si cayera al rio una alpargata vieja.

Pero vió con placer lo rollizota, lo eburnea y provocativa que resultaba la recien casada... ¡Pechos y nalgas desafiadores! ojos asesinos y muslos que se le dibujaban bajo las ropas de proporciones insuperables.

Además la moza que habíase acercado

a Gollete, fijando con insistencia los ojos en la faltriquera como buscando algo.

—¡Caray!... ¡Esta me va a comprometer!...

—¡Eh! ¡Joven!... ¿Y el frasco?... ¡Yo se lo ví!... ¡Yo! ¡Yo!

El buen Nelon, el marido, o era sordo o estaba distraído charlando con la panadera madre.

—A tu disposición, pues—recalcó tácito e insinuante con la mirada, ante la desfachatez de Venturita.

—¿Dentro media hora en el salón del Neptuno?

—¡Allí, si!...—agregó, rápido el estudiante, sin saber lo qne se pescaba.

***

A los treinta minutos la recien casada y Esterita ya estaban en el salón de baile —el nuevo—conocido por el *Nertuno*.

No tardó en aparecer el asombrado Nestor Gollete, a quien lo fulminante de la conquista de la casadita había puesto un tanto en cuidado.

—Mira. Esterita, vete a casa, que mi marido tiene que decirte un cuento al oído

—Yo, ¿para que?...

—Vete, mujer... Yo me quedo aquí con ese precioso pollo, así como así la noche de bodas ya la hicímos hace muchos días...

Por no estorbar—no por haber quedado convencida—largóse Ester, que al fin era una excelente amiga de la Venturita y una infelizota si las hay en punto a carecer de alcances.

Quedaron *bis* a *bis* Nestor y la frescales de la recién desposada.

—¿Me gustas: te gusto Gollete? ¡Dame el gollete!

—Hija, que me despeinas, vete...

—No importa... A mí mi marido me carga y no le puedo sufrir... Es un ordinario y además... Pongame ahora el frasco en la mano... ¡Así! ¡Ay que bien!... ¡que hermosote!

—¡Y tu qué dislocante de posaderas...

—¡Lo mejor del Chumberal del Cerro, pillín!

—¡Carástoles!... ¡Que me vas a aniquilar!... ¡Eres chupona, hija!

—¡Contigo sí moreno!

—¡Y la pobre Ester!... Ella también ha probado del frasco este...

—¡Pero ella!... En fin... Espera...

Al pronunciar esas palabras la calidísima Ventura despojábase en un santiamén de faldas y camisa, quedó al punto ¡viva estatua carnal!... movediza temblequeteante en los parajes de su persona más musculosos!...

—¡Vaya un vientrecillo digno!... ¡Con qué lunar superpuesto por la provida Natura!... ¡Vaya unas masas gluteas! ¡Uaya muslos magnos y de estructura venusta!...

—¿Te gusto. monín?... ¡Mírame bien!..

El avispado Nestor quedó boquiabierto de admiración y de mal contenidos deseos.

—¡Morenucha!... ¡Estoy que echo chispas!...

—Si no hay sofá aquí. (La escena ocurría en el escenario de la sociedad el *Nertuno* (¡!) como se recordará).

—Pero aquí hay un piano.

—Nestor abrió la tapa del humilde mueble, que nunca se habría visto convertido en lecho de amor.

Ella, la muy zorra dejóse caer con cuidado encima del teclado entre este y la tapa abierta.

Pero al caer el estudiante encima también, un formidable acorde... filarmónico y casi caótico resonó en la sala... Era el *impromptu* de la lujuria! *Efluvios amorosos* que improvisaron aquella inenarrable canción del placer.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. —Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. — Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. —Un maridazo. —Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba. —La Isla del amor.- Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. —Memorias de un lunar. —La saeta de Cupido. ¡Viva la faldamenta! —Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier. —Un Canuto libertino.-Las NALGAS marinas.-A punto de caramelo.—¡Vaya cardo! —Los tres besos y medio.—El morrongo de Venus.-¡Toma candela!-La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.-Paraiso del Amor.—El jergón de la dicha.—Guatro gotas.—Acaparadora de besos.-Toma y daca.-Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas. — Las cosquillas del amor.—Sangresita serrana.—Dame tu aliento.—La rendija deliciosa.—Cabecitas locas.—El muslo tentador.—Asaura pa'l catre. — Besitos chupados.—Vientres movedizos.—Efluvios amorosos.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires